

# UNA FUNCIÓN ESPECIAL

*Explicaciones de Meer*

4º ESO A.

Segunda Categoría.

Era diciembre, y cómo no, yo ya había empezado a poner villancicos en casa, había comprado un poco de turrón, había puesto el belén y además había conseguido un pequeño árbol en un mercadillo. Iba a ser mi primera Navidad sola desde que me vine a Madrid, pero sabía que no iba a ser mala, no podía serlo.

Y es que me mudé aquí en agosto, porque en septiembre comenzaba a trabajar como profe de niños de 3 años, en el mismo colegio en el que habían estudiado mis padres, donde se habían conocido. Esa fue una de las principales razones por las que decidí aceptar el trabajo, y ya solamente por eso me hacía mucha ilusión venir aquí. Además está en un barrio muy familiar lleno de niños, en el cual conseguí un pequeño y acogedor piso. La verdad es que aunque había sido muy complicado hasta ahora, verdaderamente había merecido la pena.

Para principios del mes estaban todas las calles ya iluminadas, todas las tiendas decoradas, gente por todos lados y un ambiente muy alegre. Me encantaba volver a casa paseando por esas calles, me hacía feliz. Pero por supuesto que echaba de menos a mi familia, y sobre todo en esas fechas. Y es que tanto mis padres como mis hermanos estaban lejos, y esta vez no iba a poder ir a verlos. Eso iba a ser lo más difícil, pero precisamente por eso sabía que el año siguiente valoraría aún más poder estar con ellos, y eso de algún modo me consolaba.

En el colegio todo iba fenomenal, estábamos preparando la función de Navidad y me encantaba ver cómo de rápido y con qué ilusión aprendían los pequeñajos. Siempre me han encantado los niños y por eso tenía claro lo que quería estudiar y en lo que quería trabajar, y eso ya lo había conseguido.

El 10 de diciembre era segundo domingo de Adviento, y al salir de la Iglesia se me acercó un joven matrimonio con cuatro hijos. La familia había llegado al barrio justo el día anterior, y aunque quedaban solo dos semanas de colegio antes de las vacaciones, me dijeron que sus hijos irían a la escuela, para empezar a integrarse lo antes posible. Lo cierto es que me alegraba mucho que hubiese venido una nueva familia, y les intentaría ayudar en todo. Estuvimos charlando durante bastante rato, yo les comenté varias cosas acerca del colegio y después, ellos me hablaron sobre sus hijos mientras estos jugaban en el jardín de la Iglesia. Eran 3 chicos y la pequeña, una niña, que era la que iría a mi clase, se llamaba Carmen, y ella era especial. Con sus ojos algo achinados, su sonrisa, y sus delgaditas piernas, ella tenía un cromosoma de más.

Me dijeron que había aprendido a caminar hacía poco tiempo, que aún no sabía hablar, pero el lenguaje de signos lo empezaba a conocer; que le encantaba la música y bailar, mirarse al espejo y jugar con sus hermanos, y que siempre, en todo momento, estaba sonriendo. Aquello me impresionó, me sacó una gran sonrisa, me iba a encantar tener a aquel angelito en mi clase.

Entonces los pequeños se acercaron, y abrazados a sus padres, me miraban con ojos curiosos. Cuando ellos les dijeron que yo iba a ser la profe de la pequeña Carmen, ella fue la primera en acercarse, primero vergonzosa y luego contenta, y me abrazó fuerte. En ese momento supe que yo era la que iba a aprender un montón.

Ya de vuelta a casa, y después de haber comido, me puse a buscar un libro que compré durante la carrera, el de lenguaje de signos. Y es que más de una vez había pensado en hacer el curso de educación especial cuando terminase mis estudios, y además mi trabajo de fin de grado había sido sobre este tipo de educación. Aquello nunca ocurrió, pues justo tras terminar conseguí mi actual empleo, y aunque me seguía interesando, tuve que dejar ese tema a un lado.

Encontré el libro en una de las cajas de la mudanza que aún no había tenido tiempo de abrir, y me puse a leerlo. Al principio explicaba la mejor forma de aprender el lenguaje, la cual me sirvió mucho; y comencé a estudiarlo.

Al día siguiente, una vez en clase con el resto de niños, llegó la pequeña Carmen con sus padres. Ellos, tan amables como siempre, me agradecieron mucho lo que iba a hacer por su hija; pero en verdad creía que yo era la que había tenido una enorme suerte al tener a Carmencita entre mis niños, que la que debía agradecer aquello era yo, y encontré la manera ideal.

Durante esas dos semanas, estuve trabajando mucho para aprenderme el villancico en lenguaje de signos, poder enseñárselo a Carmencita y así darles una sorpresa a sus padres. Me encantaba ver lo que ella disfrutaba aprendiendo, y aunque le costase un poquito más que a los demás, sabía que lo conseguiría. Llegaba siempre un poquito tarde a clase, y muy contenta me daba un abrazo y me traía una flor del jardín del cole, y de esa forma que solo nosotras dos entendíamos me decía que había guardado otra en su mochila para dársela a su madre cuando viniese a recogerla. Y yo solo podía comérmela a besos de lo cariñosa que era.

Y por fin llegó el día 22, el día de la función, y para entonces todo estaba preparado. Todos los niños tenían sus disfraces y el escenario estaba listo para la actuación. Aquella mañana llegué temprano y entré <sup>en</sup> la capilla, en lugar de ir por la tarde que es lo que solía hacer siempre, pues esa tarde no iba a tener tiempo. Y me llevé una preciosa sorpresa: allí estaba Carmencita, arrodillada frente a la Virgen María que tenía al Niño en sus brazos. Me puse en el último banco, viéndola rezar. Creo que aquello fue lo más bonito que había visto nunca. Entonces supe que su alma era un alma plenamente pura, que ya tenía el Cielo ganado, que nosotros podemos enseñarle a caminar, a hablar, o a leer; pero que ella está aquí para enseñarnos algo muchísimo más importante, amar cómo ella ya sabe de sobra, porque eso a nosotros nos cuesta mucho más.

Y entonces se levantó, despacito para no caerse, se acercó a la Virgen y puso a sus pies una flor como aquella que me daba a mí todas las mañanas, y como aquella que guardaba en su mochila para su madre. Se me dibujó de inmediato una sonrisa en el rostro, y pensé en lo maravilloso que es el hecho de que el exceso de un cromosoma puede borrar toda la maldad de un alma, y lo afortunada que era yo en poder darme cuenta de aquello.

Ya por la tarde, llegó la hora de la función. Fue increíble, lo hicieron mejor que en cualquier ensayo de los que habíamos hecho días antes. Todos estaban ideales con sus disfraces, cantando y bailando; y todos los padres estaban emocionados, especialmente unos que para mí se habían convertido en un gran ejemplo en muy poco tiempo. Y es que al terminar la función se acercaron y me dijeron lo impresionados que estaban con lo que había logrado enseñarle a su hija, aunque yo les decía que en realidad, ella me había enseñado mucho más a mí. La verdad es que fue un día realmente especial, desde primera hora de la mañana hasta el final. Todos los niños estaban felices, comiendo dulces y turrón de la merienda que habíamos preparado, que se la merecían.

Dos días después, el 24 por la tarde, estuve un buen rato hablando con mi familia por videollamada. Les pregunté qué tal estaban, qué iban a cenar, y un montón de cosas más. Les conté lo bien que me estaba yendo, todo lo que había pasado y todo lo que había aprendido. Estaban verdaderamente felices hablando conmigo, y eso me hacía feliz a mí. Sabía que aunque estaba sola en casa, nunca estaría verdaderamente sola, porque los tenía a ellos.

Cuando acababa de colgar, sonó el timbre. Me extrañó bastante, pues no esperaba visita alguna, y al abrir la puerta no pude hacer otra cosa que sonreír, cosa que últimamente hacía cada dos por tres. Y es que ahí estaba mi Carmencita, corrió a abrazarme y cuando pensaba que ya no podía recibir más sorpresas, me saludó, pero esta vez no con signos, sino hablando con una adorable voz. Su madre me dijo que solo había aprendido a decir "hola", y que quería venir a decírmelo. Y de nuevo yo no podía hacer otra cosa más que no fuera sonreír. Entonces me dijeron que no permitirían que me quedase sola aquella noche, y me invitaron a cenar a su casa. Sin duda fue una de las mejores Navidades de todas, sabía que no podían ser malas, y yo no podía haber recibido un mejor regalo que aquel.